FÉLIX MORALES PRADO

CARTAS DESDE PUNTA OSCURA

(del libro "Cuadernos de Maldevo")

Cuando te escribo, hermano, y las palmeras son sólo palmeras que cierran en sí mismas el símbolo que habitan, las mueve el viento que cíclicamente azota la isla. No es tiempo de tormenta ahora. La canícula, aliviada por este raro cierzo, descansa el corazón hasta el que llegan las olas a través de los ojos que se me aparecen como dos pequeñitas fotografías del mar. Las tormentas, hoy, son tan sólo un recuerdo que guardo como un tesoro entre los sorbos del licor y la ignorancia. Las noches frías de los meses fríos y las cortinas de lluvia que guardaban, ocultaban, impedían el agua de navegar y el horizonte, se me pasean por dentro junto con los deseos. La luz que se moría en su intención primera aquellos atardeceres de Marzo, ahora inunda el zaguán acompañada por los lagartos y las moscas. No son ya los cristales de las ventanas límites del mundo a los que la humedad convierte en bruma para el recreo del alma triste que allí busca a su hermana. ¡Y qué burdos símbolos, amigo! ¡Cómo el lenguaje, viejo, desfallece y se duerme en esta siesta de verano que busca sueños perdidos en años ya perdidos! Suena en jazz el vibráfono desde la pizarra del disco en el gramófono: Ese discurso que nada dice y así lo dice todo. Los hombres que eligieron la trompeta o el saxo. La leyenda de los que buscan la voz del mar y no la encuentran. Las calles, las únicas calles, las verdaderas calles dibujándose en esa ensoñación. ¿Te acuerdas de los cuentos de mamá, su crueldad y el hielo y el jardín? O el conejito de las madrugadas en el patio de la casa de campo, cuando charlábamos sobre N. Y., sobre su olvido y de marcharnos para siempre.

Antes de que se me olvide: La finca de la torre alta la vendieron. A los perros, al pequeño terrier y al afgano de ojos de tabaco, los mataron. Ahora vivimos en otro sitio y la hermana agoniza. De nostalgia, les digo yo. Pero ellos sólo saben llorar. Tienen siempre puesta esa canción que ella ama. Yo nunca voy a verla (tú ya me conoces). Fumo y bebo pensando. Y algunas veces abro la ventana y me asomo: Atardeceres que dormitan. Y nada más. Quizás algún gemido desde

el fondo, que se me borra pronto, y entonces ya no sé qué pasará más tarde, en esos otros días rotos que ignoramos.

Hoy he visto pasar una bandada de peces gigantes, tal vez ballenas, por el horizonte de la marea alta. Había salido de casa muy temprano y anduve en la tristeza de las casas vacías que están hacia Poniente. Acariciado el corazón por los primeros aromas del Otoño, abandoné esas calles y crucé la leve formación de dunas que las separa de la playa. Aún queda olor de amor entre los juncos. Algún lagarto seco golpeado por las lluvias tempranas que suenan como música al azotar las buganvillas. Las algas que arrastra la resaca en esta primera visión del mar tras el repecho blando, se agarran como símbolos negros y dulces a mi antiguo corazón adolescente. Viejas escenas de fiestas y de sueños. Muchachas que huyen entre risas por aquellos jardines. Vientos que barren la soledad alfombrada por la hojarasca de los álamos. Y agua que limpia en la mañana limpia las losetas rojas de sus caminos que cubrirá la arena. Algún desconocido dejará aquí sus huellas. ¿Quién nos dijo una vez que un barco partiría? ¿Por qué son necesarias las distancias para que la belleza nos visite?

Soñé anoche con perros que arrastraban un muerto por esa bajamar donde jugamos tantas veces. La misma luz de sol que entonces nos mantenía lejos de la innombrable, le arrancaba al cadáver destellos que hablaban de la inutilidad de la existencia. Los animales le comían la cara y el pelo entre las olas.

Me desperté empapado en un sudor terrible que venía de la calle. Algunas sombras se deslizaron por el porche, veloces en su huida. Tal vez soñaba aún. No había amanecido. Miré el reloj que se movía quieto tan solo en la penumbra del cuarto desolado por el frío del miedo. Me levanté y salí mientras iba colándome en mi bata de lana. La luz intensa y mórbida del plenilunio era igual que la del sol de mi aventura onírica. En la noche tranquila (mar de plata) aquella luz acariciaba la arena y mis recuerdos. Respiré y encendí un cigarrillo mientras la brisa me secaba la frente.

Ya me iba a acostar cuando vi cuatro perros que arrastraban un bulto por la orilla. No sentí nada. Algo dentro de mí me dijo algo. Los vi alejarse. Y, hacia el Oriente, el resplandor de la alborada que ya anunciaba el sol antiguo.

La noche, afuera, es un gigante negro que sueña un mar tranquilo. Mi tristeza se pierde por sus derrotas imposibles y acaricia inútilmente al alma que se niega (hundida en la palabra que no encuentra) incluso al agujero tibio de las lágrimas. ¡Qué hipócrita la lírica de la propia tragedia! Este vaso de vino podría estar lleno de veneno y no lo bebería; rechazaría el umbral de ese abismo necesario que invita, piadoso, con su ala fría, a los que se negaron al sacrificio de la vida. La cobardía habita esta playa silenciosa de mi exilio. Intento imaginar el sentido del mundo que eligieron los otros, los grandes, los heroicos navegantes cuyos fantasmas me visitan (también el tuyo, hermano) mientras sus voces suenan entre las olas y se confunden con el vendaval y con la lluvia que lo renueva todo. Me he quedado en el nido, como un pájaro miedoso, mientras el nido se derrumba en la danza natural del tiempo y sus estaciones. ¡Qué hastío esta confesión! ¡Son tan bellos los sueños que tú fuiste a buscar! A veces me pregunto por qué fue así, por qué no soy yo el que está en ese lugar que todos ignorábamos y a donde era necesario ir. Alguien tenía que quedarse a esperar nada y a escribir estas cosas que te trazaran un camino. Nadie mejor que yo: Yo que me negaba a entrar en la Torre Oscura o huía de las bichas que cazabais o no quería cruzar la rada en aquel bote o que en las guerras de verano, de las que tú venías sangrando a veces, sonriente y victorioso, me quedaba junto a mamá, que no sabía, y ella me contaba cuentos de hadas y de cíclopes, mientras me iba apagando en el pensamiento triste de mi cobardía. Una vez, tuve que ir a buscarte al bosquecillo porque papá me lo encargó. Caminaba temblando entre las retamas, cuando el enemigo surgió de la espesura y, amenazándome con sus arcos y flechas, me cogió prisionero. Me ataron en un árbol y pensé en Peter Pan y los muchachos descarriados, que era el cuento que tú me leías por las noches. ¿En que lugar de aquella hermosa infancia siempre amenazada se fraguó esta melancolía que todo me lo impide? Alguien ha de sentarse bajo la sombra de los árboles, constatar las ruinas, esperar nada y escribir estas cosas.

Esta mañana me ocurrió algo terrible. Había bajado a pasear por la orilla. Era aún muy temprano. Como siempre a esas horas, el mar estaba descansando, plano como una lámina de mica iridiscente. Ni ellos ni la hermana se habían levantado. Dejé la casa envuelta en la tibieza que sucede a la noche. Salí a la marquesina y respiré el frescor del alba. Pájaros muy lejanos piaban rítmicamente en los pinares, tal vez en las marismas. En las primeras luces, donde las horas son al margen del tiempo, se abría paso el sol. Restallaba hacia el Este sobre los bancos de algas y los charcos de la marea baja. Me gusta estar entonces ya despierto para ver o imaginar, entre el sonido de las campanas de la iglesia (cuya función profunda aquí en la playa el cura ignora), ese vacío que podría estar poblado de fantasmas que traen el misterio caminando por el límite del agua y de la arena.

Hice abluciones en la palangana que dejo cada tarde al relente. Ellas despiertan mis ojos a visiones nuevas bajo el frío, que son continuación de lo espiritual del mundo de los sueños. Contra el olor a mar que me traía la brisa, bajé hacia el rompeolas. Sentí helada la cara y removerse dentro lo universal que encontraré y que ahora sólo se deshace cuanto más lo persigo. Pero el discurso que define todo esto me consuela siempre de ese fracaso necesario, como la fotografía de la amada al que está en tierras remotas.

No había andado media hora cuando surgió ante mí no sé de donde. Tal vez viniera antes y yo no lo advertí porque estaba absorto en todas esas cosas que ya te digo más arriba. Parecía un marinero de novela de Stevenson. Andrajoso, quizá arrastrando una interminable borrachera o tal vez sumergido en una lucidez incomprensible. No sé lo que le dije: Un saludo sin transcendencia, una pregunta lanzada de corazón hacia fuera porque está dentro, pero sin esperanza de respuesta; eso normal de quien se cruza con otro en cualquier sitio. Todo ello a pesar de que yo sabía qué ocurriría después. De que yo sabía, sin saber cómo, que me iba a mirar tambaleándose en la arena. Mascó un algo que llevaba en la boca. Largamente. Mascó y mascó, mientras que un gesto de dolor se dibujaba entre la frente y la barbilla. Mascaba como queriendo decir y se le torció el gesto, como si el chicle se le hubiera pegado a las encías. Un chorrito de sangre se deslizó comisuras abajo. Hizo la mueca de escupir y, en medio de una bocanada roja que le cubrió los labios, me disparó una masa de líquido y de carne. Sonrió antes de irse corriendo por el rompeolas, mientras gritaba: "¡Negra es la mota, negra!, ¡negra es la mota!". Había dejado un papel sucio caído a mis pies. Trozos de lengua me cubrían la cara.

Ahora, cuando te escribo, escucho la canción que cantan los muertos naufragados. ¿Qué está pasando, amigo?. Espero tu respuesta. La hermana

todavía agoniza.

Mi vaso está lleno de tristeza. Leo tus últimas cartas, aquellas que escribiste, como por divertirnos, en el umbral de tu partida. Sólo tú sabías hasta qué punto era verdad tanta nostalgia, pues la belleza no se sustenta en el vacío. Cuando hablabas de islas, era porque tendrías que ir en busca de las islas. Sólo así la palabra conquistaría lo que, en tardes de lluvia, en torno al fuego, nos mostró su fantasma. Nombrar, con noble sentimiento, y luego ser. Inexcusable vocación. Ya nos habías salvado con esas aventuras inventadas que te llevarían hacia el naufragio. En tal necesidad estaba la Gracia de tu gesto. Olas, barcos, tormentas, ciudades imposibles, la busca dándolo todo a cambio, nada son si están sólo en documentos como éste. Había que partir. Aquella noche te sentimos cuando abriste la puerta. Temblaron los cristales al cerrarla. Una ruta sin fin se abrió en nuestras conciencias caídas en el sueño. Cada día después siempre he intentado imaginar qué sucedió después. Inútil despropósito. Lo que de tu destino tú nos quisiste dar está ya con nosotros. El resto pertenece al silencio que navegó todos los días previos y que ahora viene a mí en las mareas o en los cielos abiertos o en la melancolía que surca la esperanza cada vez que, al crepúsculo, fantaseo ciudades encendidas donde tu lucha cumple lo prometido mientras que añoro esa música rota que esta tarde está ausente.

La semana pasada hice una excursión a la tumba que descubrimos cuando niños. Seguía igual. Sé que es difícil de creer, porque hace muchos años y la arena y el viento la deberían de haber tapado. Pero seguía igual. Luego sabrás por qué. Recordarás cómo nos extrañó encontrarla allí, lejos de todo, en la región de dunas que no acaba, mires a donde mires. Después nos dedicamos a imaginar bellas hipótesis, románticas historias que fueron variando y apagándose conforme ese secreto hizo su casa en nuestros corazones. Más tarde, ya sólo le dedicábamos miradas sin comentarios, asentimientos mudos cuando pasábamos cerca de su misterio diluido en el de los otros elementos. Es cierto, sin embargo, que llegamos a escribir una novela que todavía guardo y no he vuelto a leer.

Bueno. Pues, el Jueves pasado (ese fue el día que volví a visitarla), cuando, después de desgranar recuerdos más o menos nostálgicos, me disponía a regresar, observé que se acercaba una figura que, por su atuendo (y como luego pude comprobar) me pareció la de una mujer. Vestía ropas negras y era joven y hermosa, con la belleza de esos amores que siempre imaginábamos y no encontramos nunca. ¡Cuanta poesía, hermano, resumida en su venir contra el viento del mar hasta ese muerto, la clave de cuya fortuna ignoraremos para siempre! Me escondí detrás de una retama. Ella, piadosa como las amantes antiguas, se reclinó ante el túmulo, limpió la escasa tierra que lo cubría y lo besó. Dejó en la lápida sin nombre un ramo de mimosas que esparcieron sus polvos amarillos sobre el mármol. Después rezó como una virgen de un icono románico pintado junto al mar. Los vuelos de las aguanieves me acompañaron a la vuelta en mis meditaciones.

¡Qué difícil es comprender la lobreguez del alma a aquel que supo de las altas palmeras y los vientos alisios! ¿Cómo podría yo acertar a describir esa negrura con los ojos cegados por la sublime borrachera del estío marítimo, que prometía detener nuestras vidas en el juego del calor y del agua y el salitre? Velas blancas venían desde alta mar y, en ese éxtasis, igual que el de la mano que acariciaba el quemar de la arena, se quedó muerto este futuro. Tal imposible nos lo regaló Dios. Lo demás es historia sin importancia, literatura amarga previa a la tumba, que nos podríamos haber ahorrado con un poco de valor y una pistola. Hubiera sido hermoso. Yo te habría matado a ti, tú a mí, al comenzar los últimos otoños, en medio de una tormenta que azotara las olas y que inundase los lejanos edificios en ruinas. Sobre nuestros cadáveres se hubieran agitado llorando los árboles de playa. Después, al descubrirnos alguien, todo habría sido un enigma, una historia romántica tejiéndose en los labios de los desocupados; una venganza contra el tiempo. Tal vez sería la hermana la que estaría escribiendo esto. Inventaría cosas que no son: esa hermosura. Lo fatal no sería, como es ahora aquí, impidiéndonos todo, letra a letra, en esta carta.

¿Recuerdas las historias que nos contabas sobre las serpientes de mar? Lo hacías para convencernos del misterio que late bajo la simple apariencia. Era esta hermosa costumbre tuya un proyecto fracasado, como todos los que acomete el ser humano. Pues se sabe que todo pierde su misterio cuando se lo nombra. Después, sólo es cuestión de habituarse a ese nombre que al principio nos produce la misma sensación que aquellos visitantes de la infancia que llegaban por primera vez. Así que las serpientes de mar y su mentira pasaron pronto a formar parte de nuestra vida cotidiana. El inoportuno descubrimiento de las Ciencias Naturales acerca de la verdad de tales mitos acabó de destrozar cualquier esperanza de verlos regresados a su auténtica realidad, aquella que cobra sentido en nuestros corazones expectantes. De nada me sirve escucharlas lamer los cristales de mi ventana algunas noches de tormenta o de pesado silencio en el verano. Pero no importa. El alma termina siempre por encontrar los nuevos abismos donde alienta lo desconocido. Esa mirada en el crepúsculo, mientras que se desliza por el horizonte la cresta del monstruo familiar, interroga rincones del paisaje que, al callar, le traen su recompensa al que incansablemente busca lo único perdido para siempre. A su lado, los jacintos marinos tiemblan bajo la brisa acariciando el camino interminable que mezcla pena y poesía en la memoria. ¡Qué extraño, ¿verdad?, este deseo del espíritu que sólo aspira a nunca ser cumplido! ¡Qué exactamente nos retrata su sinrazón! ¡Qué triste si no fuera así!

Durante todo este verano he soñado el regreso. He paseado por las calles que aún conservaban los aromas, pero lejanos. Como detrás de las vidrieras de un museo, estaba la visión del paraíso o de la adelfa, el rojo brillo onírico de las buganvillas tapizando las fachadas blancas de las casas condenadas a desaparecer con nuestra muerte. Mientras que caminaba en medio de tan auténtica tristeza, pensaba si esto sería nostalgia o búsqueda. Y un veneno me señalaba la muerte dentro y fuera. Iba yo por allí con ese ánimo de los enfermos desahuciados, que nada sienten ya real o bien que todo lo perciben desprovisto de futuro, inhabilitado para la ilusión, a veces amargo sin más adjetivo. Pero yo sigo amándolo; lo amo con un amor trágico, como se quiere al casi ya cadáver del ser querido que agoniza, del propio ser querido, quizá, que agoniza ante el espejo. El espejo de las tardes del mar. Ese espejo eterno de las tardes, que caen, del mar. ¿Por qué respiro hondo en esas ocasiones? ¿Qué intento retener que siento que ya muy pronto va a acabarse? Persigo luego el laberinto de las imágenes perdidas; doblo aquellas esquinas que tal vez no conozco y en la intención quiero engañarme, extraviarme y no salir ya nunca de ese alma de jardines que me guarda, que me resguarda de esta desolación tan gris de lo evidente. Pero no

puedo, amigo, decirte lo que quiero. ¡Si supiera! ¡Si supiera los nombres! Pero no. Sólo hablarte de sueños y de melancolías y no saber callar. Imaginarte, por fin, yo ya vencido, tú, digno, en pie, en tu barco, en islas que no existen, lejos de este holocausto que yo elegí, fiel a mi cobardía, a mi locura o a mi amor.

Estoy en el jardín. Hace un día gris y sin misterio, con un alma sin pasión ni esperanza que agoniza en lo feo. Un aeroplano pasa por el cielo subrayando un sentimiento antiguo. Se dirige al oeste. Y ni siquiera soy capaz de hacer de este momento una metáfora donde intentar salvarme una vez más. Miro sin interés el avión, que se convierte en un puntito en la distancia. ¿Irás tú en él? He envejecido escribiéndote estas cartas. Cada semana viene a verme un psiquiatra que ellos han contratado. Las lee y me dice que son unas cartas muy hermosas. Luego, las interpreta y me habla de cosas que no entiendo y me anima a seguir; dice que me hacen bien. Es amable este hombre, pero lejano e irreal como las visiones de los sueños. A la hermana la veo más desde que me han condenado irrevocablemente a la locura. Parece como si el diagnóstico de certeza me hubiese acercado a su lecho, que antes rehuía. Voy allí por las noches y le leo estas cartas y ella me escucha emocionada y calla y llora y en esas ocasiones yo sé que el último secreto nos está esperando en algún sitio. Y que no hay forma de escapar. Y ahora sé que eso es muy dulce, inevitable. A mí también me han sumergido en la espiral de sus cuidados. Me escondo en los rincones que descubrimos cuando niños; hasta que, al fin, me encuentran y me obligan con violenta ternura a beber la medicina. Y, así, al filo del sueño indeseado, escucho la canción que ponen para ella, sus gemidos; y a mamá que nos llama porque es la hora ya de merendar, me dice que te busque y el terrier salta ladrando a mi alrededor y no te encuentro porque este día te has ido a guerrear al valle del molino de Mackay. Papá te reñirá cuando regreses. Mientras que el mar, ese sonido idéntico, dice tu nombre como si hubieras muerto en una de tus leyendas de piratas.

¡Cuando, por fin, nos esclavice la belleza! ¡Ese acontecimiento de imprevisibles resultados! Todos andan trasteando de aquí para allá intentando entender. Míralos. ¡Qué tristeza! ¡Qué ternura cuando, a la noche, se pierden en sus camas, esas sencillas puertas del misterio! Las armas lóbregas que han

utilizado durante el reino cruel del día quedan entonces fláccidas, colgadas en la impotencia del abandono irrenunciable (anuncio de la muerte bendita), como sus ropas (símbolos de sus cuerpos) en la percha, o como los relojes de Dalí.

Miro este mundo, amigo, miro esta gente y no sé si los amo, los odio, los desprecio. ¿Son un espejo inmenso en el que busco y voy creando? ¿O son, sin más, los que van destruyendo aquello que no debemos ser? La lejanía de este paisaje donde nos refugiamos. Eso, que nos atrapa, del alga o de la flor que muere. La voz inesperada, entre las olas o en medio de la noche oscura. La incoherencia por la que renunciamos necesariamente, donde surge la danza. ¿Qué más podría citar, inútil, que no delate mi actitud sospechosa? Nada es capaz de exorcizar la realidad que rasga sin remedio para ser. Ellos me lanzan dardos. Y yo, San Sebastián, muero en el árbol y nace la Poesía. Es un sueño que tuve; tú lo sabes. Entonces era así. Ahora soy el que escribe y ya nada es verdad.

Tan sólo hilvano las palabras buscando la canción, la canción que te busca. Fuiste un hermano que te fuiste y ya te has convertido en pretexto lejano de mi prosa: Ensoñación a la que digo "devuélveme mi voz, vaga en el mundo que ha convertido en caos nuestro ideal y busca y devuélveme lo mío: la sed de la aventura, la decisión de destrozar mi encierro, la cobardía que generó estas líneas y te embarcó en la nave que no existe mientras que yo me quedé aquí llamándote".

Ya tengo que dejarte, amigo. Ya vienen a buscarme para que tome la medicina de los locos. Me queda el tiempo justo de meter este papel en la botella y lanzarla a las olas. Cuando, por fin, nos esclavice la belleza, no será necesario.

Una lengua de tierra, ¿recuerdas?, entra triste en el mar. Estamos en otoño. Mariscadores fantasmales regresan cuando el crepúsculo nos convierte en un sueño que transgredió los límites. Nuestros saludos se amortiguan contra la densidad creciente del anochecer. Y ya no sé si los conozco. Igual que a ti, que en sitios que no sé si existen, en sitios ¿parecidos al ocaso?, te pierdes por las calles del misterio. Como una insomne, la hermana me habla de ellos: de rutas en el mar tachadas por los barcos, de caminos que no tienen sentido en tierras donde crece la armagenia y el forófolo canta y las gemas más cotizadas son de

aire. Después se calla y me sonríe: "Siempre me gana la ternura". Y le asoma una lágrima: Tal vez estás en una morgue. O mascando vergüenza en un prostíbulo oriental. O en una celda de qué cárcel. O pidiendo limosna en la Quinta Avenida de N.Y. Tal vez vendas pescado en algún puerto de La Habana. O quizá te has casado con una panadera de París. O eres un escritor feliz y melancólico, viviendo en la mansión de tu mecenas en las campiñas de los Highlands. Y a la hora del té, sobre papel de seda, como a tí te gustaba, escribes mientras tomas el oporto a sorbos muy pequeños: "Queridos hermanitos: La vida fluye tan hermosa y absurda como siempre. Lo que ahora yo sea, eso no importa. Es bello y es inútil. Pero hace tiempo fui pirata, como ya os prometí. También cacé ballenas en los mares del Norte. Me detuvieron en el Mar de Arafura y, camino de Sidney, y por intercesión del jefe de la policía, al que conté toda mi vida y llegó a cobrarme afecto, me trasladaron a un barco que iba a la Pesca Grande. Naufragamos. Y, como otro Gulliver, fui a dar a cierta costa donde crecían unas flores llamadas armagenias y cantaba el forófolo día y noche y había gemas de aire...". La hermana me sonríe: "Siempre te gana la ternura", dice. Y me asoma una lágrima. Los mariscadores fantasmales hace ya rato que no pasan. Una firme oscuridad que nos tiembla muy dentro al cogernos las manos, entinta las ventanas. La hermana tiene fiebre. Debería dormir.

Algunas tardes, las más ¿tristes?, me dedico a leer una literatura vaga que a nada conduce. Voy escandiendo los versos o me sumerjo en la prosa como en el zumbido de mi ritmo interior, anonadado, lleno de bostezos, perezoso en todo, a nada de lo cual hallo sentido. Las olas, las luces cambiantes o perfectas que van tallando el agua, las dunas o las nubes, los viejos sueños de la infancia, sus fantasmas, esas desconocidas sombras que persigo, los gritos de la hermana, todo es perfectamente baladí. Y también escribirte, inventarme esta historia, como si no fueras solamente un pretexto, como si yo supiera acaso dónde estoy. ¿Qué playa solitaria? ¿Qué isla? Las gaviotas como un primer impulso que enseguida se apaga. La enferma. Mi miseria y mis lágrimas en este espacio neutro donde parece que nada nunca hubiese sido. Busco antiguas estampas, las fotos que ellos guardan en las cajas de lata, los recuerdos. Intento evocarte en la aventura. Y ni siquiera la imagen de una selva o de una ciudad llena de cafetines y de intrigas viene en mi ayuda. Una mezcla vulgar de relatos absurdos en donde vas borrándote, perplejo, es la única respuesta.

Sólo un consuelo, cuando el cansancio y la impotencia me obligan a dejar la pluma y a abandonarme a la botella que puse a enfriar en la nevera: aquellas

líneas del Quijote: "Calla, amigo Sancho; que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada". Y que así sea.

Todo se hunde. Los heraldos del tiempo han ido destruyendo: el techo por donde cae la lluvia, las ventanas por las que mirábamos este paisaje de mar y de jardines que tendría que ser nuestro camino, las puertas ya desgajadas, franqueadas a los niños que reviven nuestras antiguas aventuras por las casas vacías en busca del misterio que dejaron los que en ellas vivieron. Registran entre nuestros objetos personales y yo los dejo hacer, los contemplo entre lágrimas, imaginando las hermosas historias que imaginan, ignorantes de que en el túnel oscuro de los días les espera un espacio incomprensible, una tormenta sorda en donde la belleza se paga con dolor. ¡Si la ternura de mi mirada pudiese librarlos del destino! Cuando se van, me quedo solo, envuelto en una manta, sentado en una silla de enea podrida, en el rincón de la humedad, junto al ojo de buey por donde solía espiar, feliz, la llegada de las primaveras en las que brillaban, en medio de una mística alegría, las flores magentas de las lloronas y el azul turquesa de un cielo irrepetible.

Las olas estallan en la playa del alma. Estas tardes de invierno. Algún perro perdido que pasa por la orilla, tiritando en medio de la lluvia. Un barco que, tal vez, se traga el temporal, como una estampa detrás de la ventana, y todas esas vidas. Los guardacostas envueltos en sus capas, sólo un momento, como dos sombras, fantasmas de otras cosas, cuerpos prestados a muy otros seres de mis ensoñaciones. Mariscadores de chirlas en los bajos lejanos, como salidos de una leyenda en este día inclemente. La mujer, con un canasto de pescado al brazo, subiendo hacia las casas solitarias, y ese lúbrico impulso incomprensible. La luz que cierra los ojos poco a poco y me deja frente al extraño reflejado en el cristal que, iluminado por un débil quinqué, escribe al revés esto mientras fuma. Más allá de él, del exterior (tal vez de su interior afuera) sólo llega el sonido del viento y la resaca y los golpes de las celosías sueltas que asustan a algún raro

transeúnte que regresa entre las casas deshabitadas. Puede ser tarde. Cuando llega esta hora y ya no se les siente, me suelo preguntar si ellos están o sólo lo imagino; si estuve siempre solo aquí. Me da por pensar que cayeron, por fin, rendidos del cansancio que les procura ese edificio de dolor en que se afanan. Que ella respira tranquila entre las sábanas revueltas por la agonía y sueña que el día amaneció con viento sur.

Aquí estoy siempre, al lado de este mar, tratando de recuperar o de inventar lo que ya está perdido. Como el cansancio lo invade todo, se borran las imágenes que podrían devolverme lo que tanto quiero. La hermana ya nunca se despierta. Su cara, cada vez más hermosa, roza el concepto de la muerte. La casa huele como esos sitios donde nadie ha vivido desde hace muchos años y los pocos sonidos, el del mar, el del viento o las ventanas que golpean o los pasos de ellos; alguna vez la música que viene de la radio que alguien dejó encendida, todos son igual que la tristeza. Con desgana cojo los libros de poemas, que nada saben ya o trato de evocar sin resultado. Sin convicción, paseo por la playa intentando, con un esfuerzo al borde de las lágrimas, que mi gesto asuma ese punto de vista del espíritu al que se rinde la única posible verdad que la belleza alumbra. Sobresaltado, me descubro dentro la sospecha de que seas mentira, como me dicen ellos. Y la hermana, entonces, tan sólo una ruina sin remedio. Y yo, la esperanza de un loco condenada a ser un consuelo sin sentido. Cuando, así, la angustia es ya tan sólo corcho en el alma, me encuentro con aquellos viejos versos de Juan: "En una noche oscura...". Las velas blancas de los barcos llenos de destino iluminan el horizonte de la mar.

¡Cuanta miseria aquí, en la casa olvidada de ti y de todos nosotros! Si la belleza puso en ella su nombre, hoy la destruye y la convierte en cualquier cosa objeto de risa o compasión. Algún día lejano, será ruina en donde sueñen otros. Es el destino de todo lo hermoso ser invadido por un dolor en el que desaparecer. Pues la evidencia continuada borra lo mágico, mata el misterio.

Desde hace tiempo me escondo. Ellos me llaman y yo me acurruco en la oscuridad de los pasillos o bajo las ventanas por donde entra la luna y veo sus siluetas en las puertas; y siento miedo. Porque ya sé que la hermana agoniza y no quiero saberlo. Y ellos se pasean y salmodian las recetas del médico y ya nada es posible. Tal vez habrán enloquecido y sólo rezo yo. El mar, el único que sigue igual, se siembra de delfines algunas noches que me asomo. Y mientras pienso que queda poco para el fin, me pregunto por qué te fuiste y considero (estás en algún sitio que imagino, borrado todo esto, pero haciendo tu sueño) que tal vez no fuera tu gesto tan hermoso. Y me digo que estoy cansado, agoniza la hermana, quiero dormir mientras las olas suenan.

La obra *Cartas desde Punta Oscura* de Félix Morales Prado, digitalizada por Portal de Poesía, fue colgada en la Red a los veintiún días andados del mes de mayo del año dos mil dos